



El Tiple ¹

José Caicedo Rojas (1816-1998)

Bien entrada ya la noche del 22 de diciembre de 1840, habíamos llegado a Chitaraque, villa de la antigua Provincia del Socorro, no muy distante de la bella y pintoresca San Gil. El ejército había hecho una marcha forzada, pues que iba dando alcance al enemigo que huía, casi picándole la retaguardia. Algunos soldados francos se habían dispersado por la población en busca de alimento y bebida y habían encontrado en cierta tienda un tiple rezagado que, a fuerza de industria, lograron arreglar, de manera que podía acompañar pasablemente, por vía de descanso de la fatiga, los alegres –o más bien tristes– cantares de estos aficionados, de que no faltan en un cuerpo de tropas tres o cuatro, por lo menos.

Algunos individuos de la Compañía de Cachacos de Bogotá estábamos tirados sobre el empedrado de una calle, más muertos que vivos, por la cruda fatiga de aquel día y la falta de alimento, y precisamente al frente

¹ Publicado en la hoja “*El Museo*”, Tomo 1, No. 3 Mayo 1 de 1849. También reproducido en: Caicedo Rojas, “*Apuntes de ranchería y otros escritos escogidos*”, Biblioteca de Cultura Colombiana, Bogotá, 1945, pág. 109 y ss.; en “*Efraín Sánchez Cabra, Ramón Torres Méndez: pintor de la Nueva Granada. Bogotá*”, Fondo Cultural Cafetero, 1987, págs. 179-84; y en “*Documentos de Historia y Teoría del Arte y la Arquitectura*”, edición a cargo Egberto Bermúdez y Jaime Cortés, Cidar, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2001, págs 19-30.



de nosotros se instaló el filarmónico grupo en que cantaban, bien a dúo, bien alternando, dos voces varoniles.

Más o menos roncas esas voces, pero afinadas, dejaban percibir bien la letra que cantaban, verdadera poesía nacional, inimitable por su sencillez y aún por su lenguaje incorrecto:

Si al volver de la guerra
Me has olvidado,
Haré cuenta, mi chata
Que me mataron.

Adiós porque ya me voy,
Despedirme de vos quiero;
Pero tengo la esperanza
De volver, si no me muero.

Debajo de unos naranjos
Escuché tus juramentos
Como aroma de sus flores
Se los llevaron los vientos.

Esta calle está mojada,
Como que hubiera llovido,
De lágrimas de un amante
Que anda por aquí perdido.

Debajo de tu ventana
Me cogieron prisionero
Y para mayor dolor
Me ataron con tu pañuelo.



Y por ese estilo iban ensartando, sin más intermisión que la de un breve *ritornello* rasgueado – como todo el acompañamiento– varias coplas populares, que traté luego de apuntar en mi cartera, a pesar del cansancio, y ayudado de aquellos de mis compañeros que también las habían oído.

La última que cantaron fue aquella tan conocida:

Mañana me voy de aquí,
Como todos lo verán;
A vuelta de mis espaldas
Sabe Dios lo que dirán.

Y así lo hicieron, en efecto, dos de ellos, pues anochecieron y no amanecieron en el pueblo. Esa misma noche desertaron, y cuando al día siguiente, al toque de corneta, nos reunimos en la plaza para formar, supimos que se les buscaba, nada menos que para fusilarlos, de orden del General en Jefe, como desertores en campaña.

Tal fue el efecto que en esos pobres labriegos produjeron los tristes recuerdos de su tierra, de su rancho, de su familia, y en quienes los melancólicos sonidos de un tiple despertaban la memoria vivísima de todo lo que amaban en el mundo. Nunca habían sentido más profundamente la ausencia forzada de su hogar, y la tentación fue irresistible. “Me levantaré e iré a mi casa”, dijeron como el Pródigo, y así lo hicieron. Esta experiencia del mágico poder del tiple es tan constante, que por eso sin duda se priva entre nosotros al pobre soldado que sale a campaña de llevar y acariciar ese fiel compañero de sus penas y fatigas.

No volvimos a saber cuál fuese la suerte de estos pájaros escapados de la jaula del cuartel, que tan bien cantaban, ni si al fin les dieron caza, porque



ese mismo día seguimos nuestra marcha para darla a otros pájaros. Al cabo de algunos días se dio a nuestra compañía orden de contramarcha, y regresamos al Socorro, donde permanecemos tres días esperando nuevas órdenes, y no sin grave riesgo de caer en una celada.

Aquella ciudad es alegre y animada, y habíamos llegado allí en día de mercado, en que, como es costumbre general, permanecen en la población hasta el día siguiente muchos de los que a él vienen, y destinan la noche a divertirse con bailesicos y cantatas. Precisamente al pie de las ventanas de la casa en que estábamos alojados la mayor parte – por cierto de las principales, y perteneciente a una estimabilísima familia, a quien debimos toda clase de atenciones y la más culta hospitalidad– se había instalado desde las primeras horas un grupo de cantores de ambos sexos, los cuales, acompañándose con dos acordes tiples, de voces a cual mas claras y vibrantes, nos tuvieron encantados hasta media noche.

Si las muchachas –porque sin duda lo eran– que cantaban alegres coplas populares, hubiesen cultivado el arte y, llegando a una mejor posición social, se hubiesen contratado para un teatro, es posible que hubiesen sido famosos sopranos y contraltos: tal era la belleza y suavidad de sus voces argentinas, lo extenso de su diapason y la facilidad con que las manejaban. Las coplas que cantaron fueron tantas que habría sido imposible retenerlas todas en la memoria, e impresas, habrían llenado tres columnas, por lo menos, de un periódico. Lo singular era que casi siempre la copla que cantaba el hombre tenía relación con la que cantaba la mujer, era una especie de contestación a ella.



Tomé nota de algunas, por ejemplo:

Mi mamá me aconsejó
Que no fuera enamorado:
Por eso cuando te encuentro
Te miro de medio lado.

Qué alta que va la luna!
Y un lucero la acompaña!
Qué triste se pone un hombre
Cuando una mujer lo engaña!

Mi mujer y mi mulita
Se me murieron a un tiempo:
que mujer ni qué demonios!
Mi mulita es lo que siento.

Cogí la pluma en la mano
Y el tintero en la rodilla,
Pero fue escrita mi carta
Con más lágrima que tinta.

Qué bonito pañuelito!
Mi vida, quién te lo dio?
- En la plaza del Socorro
Un buen mozo lo compró.

Mi chatica se murió
Allá abajo en la quebrada;
Yo no la vide morir,
Pero vide la chulada.

No necesito de leña
Para encender mi fogón:
Qué más fuego he menester.
Que el que arde en mi corazón!

Una noche en un fandango
Yo vide unos ojos negros;



Si la fortuna me ayuda,
No me he de quedar sin ellos.

Mi chatica es muy bonita;
Sólo un defecto le hallé:
No tener los ojos negros,
Pero yo se los pondré.

Mi vida, si me muriere,
Échame mi churumbela,
Por si acaso en la otra vida
Me aprieta el dolor de muela.

No son estas, por cierto, de las más sentimentales y conceptuosas, como otras muchas que dicen caso improvisadas, y en las cuales se revela un verdadero numen poético; pero las que hemos apuntado bastan para nuestro propósito.

En estas inspiraciones fugitivas, hijas de la naturaleza y no del arte, y de difícil imitación para las personas civilizadas, y aún para los que se llaman poetas, es donde debemos buscar nuestra verdadera poesía nacional y el genio de nuestro pueblo. La sencillez, el candor, y a veces el fuego espontáneo de la inspiración, valen más que las formas y las reglas y constituyen el carácter de la verdadera poesía.

Al día siguiente me dijo uno de mis camaradas, cuando recordábamos el agradable concierto nocturno: “Aquí tienes un buen tema para un artículo de costumbres de los que escribes”. En efecto, me pareció buena la idea; pero qué podía yo escribir en un cuartel con honores de casa particular, o, más bien, en una casa con deshombres de cuartel, “donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación?”



Sin embargo, comencé a ponerlo por obra, y mientras el dueño de casa estaba en su almacén, ocupé las piezas que él habitaba, donde tenía su escritorio y buena librería, y con una confianza enteramente militar, me puse a escribir este artículo titulado “El Tiple”, al que no pude dar fin sino a mi regreso a Bogotá. Decía así poco más o menos:

Cuál fuese la música primitiva es cosa difícil de averiguar. En lo que no cabe duda es en que primero se conoció la vocal que la instrumenta, por aquella propensión innata, digámoslo así, del hombre a hacer uso de la laringe para producir sonidos inarticulados. Sin duda con tal objeto se le dotó de ese órgano de una sola flauta; y notemos de paso que ésta es una de las grandes diferencias entre el hombre y los cuadrúpedos, aunque sí tiene de común con las aves lo que se llama canto, o modulación de la voz. Convengamos en que la música, como la palabra, son un privilegio de la especie humana que la separa de los demás seres animados por un abismo insondable, que en vano se esfuerzan por llenar los amigos de novedades absurdas y de sistemas ridículos.

Esos primeros cantos debieron ser algo como los recitados de nuestras óperas, o como el canto llano, llamado gregoriano, que, como todo el mundo sabe, no están sujetos a medida ni ritmo determinado.

Pero lo cierto es que la música existe desde la más remota antigüedad. Desde los tiempos fabulosos hallamos entre los hombres este elemento de vida, y no es preciso citar a Orfeo, ni a Tracio, ni a Tubal, ni a Pan con su flauta, o capador. Todos los pueblos, aún los más bárbaros e incultos, han tenido su canto y sus instrumentos peculiares, que han



inventado, cada uno según su carácter, muchos de los cuales han quedado sin perfeccionarse. Los israelitas tenían ya el arpa; los egipcios la flauta; los griegos el cistro; los romanos, la cítara y el heptacorde; los chinos, hindúes, turcos, mejicanos, etc., tenían sus instrumentos propios; los gallegos y escoceses, la gaita; los muiscas, el *fotuto*; y así los demás. Muchos de estos instrumentos, típicamente nacionales, como el arpa y la guitarra, se han generalizado con el tiempo en otros países.

Pero para un simple artículo de periódico hemos tomado el asunto, como suele decirse, desde los huevos de Leda, cosa que no le gustaba al viejo Horacio. Vengamos pues, a nuestra América: aquí, y particularmente en la Nueva Granada, tenemos el tiple y la bandola, que son una degeneración de la vihuela española, importada en estas regiones por los conquistadores, entre los cuales no dejaría de haber algunos barberos, contrabandistas y demás gente del bronce, de aquella que en las calles de Málaga, Cádiz o Sevilla se solaza con su bandurria, sus castañuelas y panderos.

El tiple, decíamos, es una degeneración grosera de la española guitarra, lo mismo que nuestros bailes lo son de los bailes de la Península. Para nosotros es evidente que nuestras danzas populares no son sino una parodia medio salvaje de aquéllos. Comparemos nuestro bambuco, nuestro torbellino, nuestra caña, con el fandango, los boleros, la jota aragonesa y otros, y hallaremos muchos puntos de semejanza entre ellos: elegantes y poéticos éstos, groseros y prosaicos aquéllos; pero hermanos legítimos y descendientes de un común tronco. ¿Qué es, en efecto, el bolero español sino el baile de una o dos parejas, que al son de una ronca guitarra y al compás de un pandero, mueven el cuerpo con ele-



gancia y gracia y ejecutan pasos verdaderamente airoso y pintoresco? Y ¿qué les falta a nuestro *bambuco* o *torbellino* —que bien merece éste tal nombre— para imitar grotescamente aquel baile?

Una o dos parejas salen a bailar en medio de un corro de candidatos terpsicoricos: un alegre tiple supe la guitarra; un pandero suele acompañarle; el canto aficionado y acompasado de los mismos músicos tiene todos los caracteres de las alegres seguidillas y de las picantes malagueñas; y en fin, para que nada falte a la semejanza de esta caricatura, el *alfandoque* o *chuchas* con su ruido áspero y seco, hacen las veces de las castañuelas, que en vano intentarían manejar nuestras ninfas campesinas, para las cuales el arte de la crotalogía es enteramente desconocido. Ni podrían ellas atender al redoble y repiqueteo de las castañuelas, siéndoles forzoso emplear ambas manos en arremangar las largas enaguas, inconveniente que no tiene el corto zagalejo de las manolas y bailarinas de teatro. Hasta el zapateado que hacen con las quimbas nuestros calentanos, tiene no se qué olorillo a jota aragonesa, o al zapateado español. La diferencia, pues, que hay entre unos y otros bailes está en el modo y no en la cosa.

Los majos del bolero visten rica y elegantemente: el raso, la seda, el oro y la plata campeon profusamente en sus lindos vestidos: sus movimientos son suaves y voluptuosos, y no respiran sino amor y deleite. Nuestras parejas rústicas, vestidas toscamente, dejan a un lado la mochila, la *coyabra* y los plátanos, y, arremangándose la ruana al hombro, emprenden al compás de la música sus estúpidas vueltas y extravagantes contorsiones, con las cuales más parece que van a darse de mojicones que a bailar. En nada se parece una camiseta a la chaqueta



tilla de terciopelo con alamares de plata de un majo; en nada se asemeja una *camisa calentana*, de tira bordada, al jubón ajustado que ciñe el talle flexible y esbelto de una manola; en nada unas enaguas de *fula*, al picaresco zagalejo que, bajando tres pulgadas de la liga, deja ver una fina media de seda.

Volvamos al tema que hemos enunciado. Nuestro tiple es una degeneración informe de la vihuela: un vestigio de las antiguas costumbres peninsulares mal aclimatadas en nuestro suelo, vestidas casi siempre con el traje indígena, y caracterizadas con el sello agreste de nuestra América; vestigios que están connaturalizados con la índole y genio de nuestro pueblos.

El tiple es un instrumento pequeño y sencillo; tan pequeño como dulce y agradable al oído. En vano intentaríamos definir las sensaciones que experimenta el habitante del interior de la República al oír el rasgueado de una mano diestra en las cuatro cuerdas de un acordado tiple. Placer intenso, alegría, recuerdos indescifrables de épocas pasadas y de lugares lejanos, melancolía, ternura, propensión al baile y al bullicio: todo esto, pero no se sabe a punto fijo qué despierta el alegre son de un tiple. En la ciudad recuerda el campo y sus placeres; en el campo recuerda la algazara de las poblaciones. Oído de lejos en una noche despejada y tranquila, cuando el viento duerme, o sólo nos trae sus gratos sonidos una aura tímida, nos da la idea perfecta de la grandeza de la soledad, nos transporta, como el canto de la rana, a regiones extrañas y solitarias, nos hace saborear algo tan apacible y tan dulce como un amor puro. Cuando se halla uno en fiestas en algún pueblo de tierra caliente, y al acercarse ya la aurora se retira a descansar, si alcanza a oír a lo



lejos el canto triste y expresivo de un bambuco femenino acompañado de un par de tiples, cree uno percibir en medio del silencio y de la calma de la naturaleza algo que no es de este mundo. ¡Extraño poder el del tiple! ¡Oculta magia la de ese canto apacible, aunque monótono!

El tiple, hecho toscamente de madera de pino, sin pulimento ni barniz, no excede en su mayor longitud de cincuenta centímetros. El mástil o cuello ocupa, por lo regular, más de la mitad de esa extensión, y en él se hallan incrustados los trastes de metal o hueso, cuyo número varía mucho; pero no siendo de uso sino los dos o tres más cercanos a la cejuela, en los demás poco se curan los fabricantes de colocarlos a distancias convenientes y según las reglas de la guitarra. Por lo regular llevan cuatro cuerdas de las que se fabrican en el país; algunos suelen tener encordado doble, pero es más común el sencillo. Estas cuatro cuerdas, tan altas o agudas como lo permite la extensión del instrumento, están templadas como las cuatro primeras de la guitarra: *mi, si, sol, re*; pero, siendo demasiado débil esta última, por lo delgado de la cuerda, para que pueda distinguirse con claridad su sonido, se requinta ordinariamente, agregándole otra cuerda unísona con ella y en octava aguda. Suele templarse de alguna otra manera, pero esta es la más común y usada.²

² Desde la época en que se escribió este artículo el tiple y la bandola han sufrido modificaciones: hoy se fabrican con grande esmero y perfección artística, y los que se usan entre cierta clase de la sociedad son finos y elegantes. Manos aristocráticas no se desdeñan de puntear un tiple o bandola, instrumentos que han pasado a ser melodiosos, de mane-



El *torbellino*, más comúnmente conocido en las provincias del interior de la Nueva Granada, tanto en los países fríos como en los cálidos, es un aire en tres movimientos rápidos, de suerte que es tanto o más *allegro* que los vales alemanes. Cada uno de los tres tiempos consta de dos notas de igual valor, y cada una de ellas es un acorde completo ya en la tónica, ya en la cuarta. Los tonos más comunes del *torbellino*, que siempre es en el modo mayor, son *do, re, sol, la*. El juego de la mano derecha consiste en rasguear alternativamente con cuatro dedos para abajo, y con el pulgar para arriba.

Pero hasta aquí sólo hemos hablado del *torbellino* común, que no es otra cosa que un verdadero acompañamiento del alegre canto de este nombre. Igual cosa sucede con el bambuco que se rasguea en el tiple, el cual, con el mismo aire y la misma construcción y compás, se toca siempre por tono menor, siendo los más comunes *mi, re y la*. En el canto, que es mucho más melodioso, tiene regularmente una parte en mayor, siempre en el relativo, la cual, contrastando con la parte menor, lo hace más triste y melancólico. La impresión que causa en el ánimo la música del *bambuco* está ya perfectamente definida: es una alegría triste; o también pudiera decirse una tristeza alegre, y la cuestión sería de colocación de las palabras. El *torbellino*, por el contrario, es todo alegría, todo animación, todo vida: es una especie de tarantela que incita a bailar y cantar con un poder mágico, irresistible. Si en tiempo de Homero hubieran exis-

ra que se ejecutan en ellos, no sólo vales, polkas y otras piezas fugaces, sino aún oberturas enteras, acompañadas por una guitarra para la armonía. No ha faltado colombiano que en países extranjeros se haya hecho admirar por esta habilidad.



tido el tiple y el torbellino, el poeta griego sin duda habría representado a sus dioses en bullicioso corro, riendo y cantando en rededor de dos tiples bien rasgueados.

Es muy común que se junten una bandola y un tiple: la primera puntea, o lleva el canto obligado, mientras que el tiple la acompaña de la manera que hemos dicho. Si a esto se agregan dos buenas voces de hombre y mujer bien entonadas, queda completo el rústico concierto. La bandola es un tiple algo más ilustrado: la diferencia consiste en que aquélla suele tener el *buque* o parte posterior de la caja formada de la concha de un *armadillo* o tortuga, y en que las cuerdas, en vez de tocarse con los dedos, se puntean con un pedacillo de cañón de pluma, de cuerno u otra sustancia semejante, a manera de uña larga.

Los tiples más acreditados eran los que se fabricaban en Chiquinquirá y en Guaduas, de donde solían sacarlos por cargas, como las papas, para expendierlos en los pueblos principales. Se hacían algunos con más esmero y lujo que los comunes, de madera de granadillo, con embutidos y otros adornos. Aún se ven en algunas casas antiguas de Bogotá tiples de estos que llamaremos aristocráticos, y que en tiempos más felices han sido punteados por blancas y delicadas manos.

Para ciertos hombres del campo que llevan una vida errante de pueblo en pueblo, el tiple es un compañero inseparable; en los caminos, en las poblaciones y aún en las calles mismas de la capital, se les encuentra departiendo alegremente, con la mochila a la espalda y el tiple por delante. Estos rústicos *dilettanti* primero se proveen de cuerdas de ninguna otra cosa. En las ventas y posadas se bus-



can y se juntan para templar acordes a sus tiples, y, dando la vuelta a la totuma colorada de Timaná, entonan con sus voces broncas aquello de

Hay ojos que dan enojos,
Hay ojos que congracean,
Hay ojos que con mirar
Consiguen lo que desean.

Es digna de verse una caravana compuesta de ocho o diez personas de ambos sexos, que van o vienen de los mercados, o se dirigen a Chiquinquirá a cumplir una promesa, o bien se encaminan a fiestas a algún pueblo. Unos llevan ambas manos apoyadas en un palo que se atraviesa por delante del pecho, asegurado a las cuerdas de la maleta que va a la espalda; otros arrean dos o tres bestias de ruin estampa, ensilladas con los antiguos sillones forrados en paño color de grana, y pertenecen a las patroncitas de más respetabilidad entre ellos, las cuales prefieren por lo pronto ir a pie, tomando parte en la algazara general. Ellas y las otras compañeras llevan por lo regular la ruana fina del marido o del hermano puesta sobre la mantilla. Quién lleva dos sombreros, montado uno sobre otro, quién cubre la copa del suyo con la totuma que ha de servir para muchos usos en la peregrinación, cuál tiene un par de alpargatas colgado del cinto. En el centro de la caravana campean dos o más alegres músicos que con cara risueña van rasgueando o cantando a voz en cuello, y que parecen decir a los que pasan, ¿quién más feliz que nosotros?

En todos los pueblos de alguna consideración, y particularmente en los de tierra caliente, es muy común hallar los domingos por la noche grupos de personas de ambos sexos, que, sostenidos por el guarapo y alentados por los humos del anisado, se



disputan la palma, como los pastores de Virgilio y de Teócrito, apostando a cuál dice más coplas; aunque no se adjudiquen como premio al vencedor en el certamen un cayado o una copa de encina tallada. Estos alegres corros se forman por lo regular en cierta calle que hay en casi todos los pueblos, a la cual por un instinto popular se llama en todas partes *la calle caliente*: nombre significativo que dice más de lo que nosotros pudiéramos explicar.

La única monotonía agradable que conocemos es la de estos cantos; y tanto, que al oyente o espectador, como sea un poco aficionado a la música, se le pasan las horas insensiblemente, y también las noches, deleitado con los encantos del tiple y de las voces argentinas de nuestras *calentanitas*. Muchas veces el día sorprende a estos cantores infatigables, que a la luz de la aurora se dispersan y retiran a sus estancias o casas, después de haberse dicho y contestado innumerables coplas, acordes en su sentido y felicísimas en sus conceptos. Varias de ellas son improvisadas, que no es raro hallar entre esos músicos destellos de un genio verdaderamente poético. Así es como, sin saberlo apreciar, hallamos realizado entre nosotros aquello de los improvisadores napolitanos.



Acuarela de Ramón Torres Méndez. Litografía Martínez y hermano, Bogotá, 1949

Los habitantes de los llanos de San Martín y Casanare son admirables en el género jocoso, y por rareza se encuentra nada sentimental en sus coplas y *galerones*, que siempre afectan la forma del romance octosílabo, como se ve por el siguiente fragmento:

Por los yanos de Setenta
Onde se colea ganao,
Me dieron para mi siya
Un cabayito melao.
Me echaron un toro josco,
Los cachos aborcelaos;
Le di tan fuerte jalón
Que lo dejé mancornao.
Vino el mayoldomo y dijo:
No me martrate er ganao,
Yo le dije: Cabayero,
Sea usted mejor hablao,
Que me yaman tantas muelas,



Aunque no las he mostrao,
Pues si las yego a mostral,
Se ha de vel el sol clisao,
La luna teñía en sangre,
Los elementos trocaos;
Que jumo tabaco en bomba
Y escupo de medio lao.

Un habitante de los Llanos puede estar una noche entera cantando o recitando en monótono son, acompañado o no con el tiple, esas jácaras que ellos llaman galerones, sin fatigarse, y sin que se le agote el caudal de desatinos que ensarta en su lenguaje, mitad llanero, mitad andaluz; pero el tiple es siempre el fondo y parte esencial de nuestros cantos populares.